

“Se puso la vida”

Carmelo

Autor	Kevin Niezen Elice
Categoría	B
Modalidad	Cuento
Año de estudios	Quinto

Se puso la vida

El cielo taimaba con fúgidas sombras astrales el coqueteo de la media luna. Isidro echado a los pies de un frondoso guayabo, conversaba con el difunto don Mateo mientras bebían a sorbos una botella de aguardiente.

–¿Y por qué se murió tan joven usted, don Mateo?

–Ah, mi querido amigo, yo me morí de amor.

–Pero.... ¡cómo! ¿Usted no me contó que había sido feliz con su adorada Azucena?

–Es cierto, lo fui y muy feliz.... hasta el día en que la perdí.

–¿Y cómo fue que usted perdió a su adorada esposa, don Mateo?

–De la manera más estúpida por la que un hombre puede perder a su amada, amigo del alma.

El muerto se arregló la corbata y se rascó el mentón que estaba a medio afeitar, luego tosió para aclararse la garganta y empezó a narrarle al campesino su historia.

Él contaba con treinta y cinco años por aquel entonces, regresaba a casa después de dictar clases en la escuela y se encontró con el gallero Fortunato, que llevaba uno de sus bravos “ajisecos” a una contienda en el Fundo Pando. El hombre le dijo que esa tarde su ejemplar haría enterrar el pico al gallo más “pintao” que le pusieran al frente.....

Por la mañana, don Mateo había cobrado su sueldo y como todo buen jugador, no pudo soportar la tentación de asistir a la pelea de gallos. Entró acompañado de Fortunato a la arena, donde varios hombres lo esperaban ansiosos con sus ejemplares. Minutos después, se dio inicio a la primera pelea. El ajisecho, en su segunda embestida, dejó a su adversario tiñendo de sangre la arena. Fortunato, feliz, se abrazaba con don Mateo.

–Te lo dije, hermano, mi gallo esta tarde le da al más “pintao” de todos.

En la segunda pelea, Mateo apostó todo su sueldo más la ganancia que había obtenido de la pelea anterior, a favor del ajisecho, cuyo rival sería el ejemplar del hacendado Pantoja, dueño del fundo.

La pelea era muy pareja. Ambos gallos lucían cortes sobre sus ahora ensangrentadas pechugas. De pronto, ambos dieron un salto y el ajisecho clavó su filuda chaveta partiendo en dos el buche del gallo del hacendado. Cuando parecía que ya enterraba el pico, en un último esfuerzo, saltó y de un chavetazo decapitó al ajisecho, cuya cabeza cayó con los ojos abiertos describiendo un inminente final.

Don Mateo no supo qué hacer, había perdido todo su dinero. Mientras tanto, el hacendado bebía muy alegre un fino aguardiente, festejando su victoria.

Algo más de una hora después, entre aguardientes van, aguardientes vienen, se le nubló el pensamiento a don Mateo y quiso apostar al hacendado su casa. Este inmediatamente le replicó que estaba borracho, que no sabía lo que decía. Sin embargo, tanta fue la insistencia, que aceptó su apuesta con la siguiente condición: la mujer de don Mateo contra todas sus pertenencias.

–¿Y usted aceptó la apuesta don Mateo?– preguntó el campesino al difunto.

–Eso no te lo puedo decir, mi querido amigo, a no ser que....

–¿Qué cosa, don Mateo? Por favor, dígame.

–A no ser de que tú y yo hagamos un trato.

–¿Qué clase de trato, don Mateo?

–Mira, amigo, si tú aciertas a decirme si acepté o no dicha apuesta, yo te seguiré contando la historia. De lo contrario, tú me darás tu vida.

–No, don Mateo, ni loco que fuese para apostarle mi vida.

Horas más adelante, Isidro y el difunto estaban completamente ebrios, el campesino aún seguía intrigado por el asunto de la apuesta.

–Compadre Mateo...–insistió– Si usted murió de amor....

–Espérese usted, mi querido amigo, ¿acepta el trato o no?

–Bueno.... ¡lo acepto, compadre! Lo acepto, porque si usted murió de amor, quiere decir que aceptó la apuesta del hacendado.

–Ah, me temo que usted perdió, mi querido amigo. Yo no la acepté. Lo que sucedió fue que perdió el gallo del hacendado Pantoja y yo ... me morí de un ataque al corazón.

De esa manera, don Mateo se puso la vida de Isidro, quien se quedó muerto bajo el guayabo, y empezó a caminar hacia la carretera. Se sentía muy extraño, pues hacía tanto tiempo que no vivía.